tan conformados del mismo modo; y el método que siguen está sujeto á las mismas reglas en todas las lenguas.

Pero este método se sirve de diferentes signos en diferentes lenguas. Mas ó mènos grosero, mas ó menos perfeccionado, hace las lenguas mas ó menos capaces de precision, claridad y energía, y cada una de ellas tiene reglas que le son propias.

Llamase *gramática* la ciencia que enseña los principios y las reglas de este mètodo analítico. Si enseña las que prescribe para todas las lenguas se la nombra *gramática general*: y *gramática particular* cuando se limita al que se sigue en una lengua determinada. Así, pues, estudiar la gramática es estudiar los mètodos que los hombres han seguido en la análisis del pensamiento.

Esta empresa no es tan dificil como puede parecer. Redùcese á observar lo que hacemos cuando hablamos, porque el sistema del lenguaje ecsiste en cada hombre que sabe hablar. Por otra parte, un discurso no es mas que un juicio, ó una serie de juicios: de consiguiente, si descubrimos el modo en que una lengua analiza un corto número de juicios, conoceremos tambien el mètodo que sigue en la análisis de todos nuestros pensamientos. Esto es lo que vamos á ecsaminar en los capítulos siguientes, comenzando por observar las análisis que se ejecutan con el lenguaje de accion.

CAPITULO VII.

Del modo en que el lenguaje de accion descompone el pensamiento.

El lenguaje de accion que intento hacer notar, no es aquel de que han hecho un arte los pantomimos; sino el que nos dicta la naturaleza en consecuencia de la conformacion que ha dado á nuestros órganos. Cuando un hombre espresa un deseo por su accion y muestra por un gesto el objeto que solicita, comienza ya á descomponer su pensamiento; pero menos para sí mismo, que para los què lo observan. No lo descompone para sí, porque en tanto que los movimientos que espresan sus diferentes ideas no se succeden, estas son simultáneas lo mismo que los primeros, y el pensamiento se le presenta entero, sin succesion ni descomposicion.

Mas por lo comun descompone su accion para los que lo observan; lo cual sucede siempre que no pueden comprender lo que quiere, sino despues de haberle dirigido la vista para notar la espresion de su deseo, y en seguida al objeto para saber lo que desea. Esta observacion les hace sue-

cesivos, movimientos que eran simultaneos en la accion de este hombre, y hace ver dos ideas separadas y distintas porque las hace ver una despues de otra.

Por otra parte, si un hombre que solamente habla el lenguaje de accion advierte que para comprender el pensamiento de otro necesita observar succesivamente sus movimientos, nada le impide que advierta tambien, tarde ó temprano, que para hacerse entender con facilidad necesita de movimientos succesivos. Aprenderá, pues, á descomponer sus pensamientos, y entonces será cuando el lenguaje de accion se hará un lenguaje artificial, como ya lo hemos observado.

Esta descomposicion casi no ofrece mas que dos ò tres ideas distintas, tales como *tengo hambre, querrìa este fruto, dadmelo;* esto es, no ofrece mas que ideas principales mas ó menos compuestas. Pero la fuerza de las necesidades, la vivacidad del deseo, el gusto que se cree hallar en el fruto que se pide, la preferencia que se da à este, la pena que se esperimenta por la privacion, &c., son otras tantas ideas accesorias que no se disciernen todavía, y que sin embargo se espresan por las miradas, por las actitudes, por la alteracion del semblante, en una palabra, por toda la accion.

Estas ideas no se descompondràn hasta que las circunstancias determinen á ha-

cer notar los movimientos que son sus signos naturales, unos despues de otros.

Sería curioso ecsaminar hasta donde podrìan llevar los hombres esta anàlisis; mas estos son pormenores en que no debo entrar, mientras tanto no sean ùtiles al objeto que me propongo. Bástame por ahora haber observado de que modo comienza el lenguaje de accion á descomponer el pensamiento. Pasemos al lenguaje de los sonidos articulados.

CAPITULO VIII.

Del modo en que las lenguas analizan el pensamiento á los principios.

Para juzgar de las análisis que se han hecho en el nacimiento de las lenguas, sería necesario asegurarse del órden con que han sido nombradas las cosas. No se pueden formar acerca de esto mas que conjeturas, y aun serían tanto mas inciertas, cuanto mas fuesen los pormenores en que se entrase. Como la organizacion, aunque en el fondo la misma, es susceptible segun los climas de muchas variedades que tambien aumentan las necesidades, no es de dudar que los hombres, impelidos por la naturaleza en circunstancias diferentes, se hayan empeñado en rutas que se desvian unas de otras.

Sin embargo, todas ellas parten de un mismo punto, esto es, de lo que hay de comun en la organizacion y en las necesidades. Se trata pues de observar á los hombres en los primeros pasos que han dado: y si nos limitamos á descubrir de que manera han comenzado, nuestras congeturas tendrán mas verosimilitud.

En todas las lenguas los acentos comunes á los dos lenguajes han sido, sin duda, los primeros nombres. La naturaleza los da y son bastantes para indicar nuestras necesidades, nuestros temores, nuestros deseos, y todos nuestros sentimientos. Susceptibles de varios movimientos è inflecsiones, parece que se modulan sobre todas las cuerdas sensibles de nuestra alma, y su espresion se diversifica al mismo modo que nuestras necesidades.

Luego los hombres solo tenían que advertir estos acentos para discernir los sentimientos que esperimentaban, y para distinguir en ellos aun las mas pequeñas diferencias. En la necesidad de pedirse y de prestarse socorros hicieron estudio de este lenguaje: aprendieron, pues, á emplearlo con mas arte, y los acentos que al principio no habían sido para ellos mas que signos naturales, se convirtieron insensiblemente en signos artificiales que modificaron con diferentes articulaciones. Ved aquí por que la prosodia ha sido verosimilmente una especie de canto en muchas lenguas.

Cuando los hombres se ejercitaban en observar sus sensaciones no podían dejar de observar que las recibían por órganos que no tienen semejanza, y que por esta razon las distinguían con facilidad: así, pues, solo se trataba de convenir en los nombres que debían darse á estos òrganos.

Si estos nombres se hubiesen tomado arbitrariamente y como por acaso, solo los habría entendido el que los hubiese escogido; mas como para usarse fuese necesario que los entendiesen igualmente todos los que vivían juntos, es evidente que circuntancias comunes à todos, son ùnicamente las que han podido determinar la eleccion de unas voces mas bien que de otras. Luego las circunstancias son propiamente las que han dado nombre á los òrganos de los sonidos. ¿Y cuales han sido estas circunstancias? Puede responderse que ellas han sido diferentes, segun los lugares, y por esta razon creo inutil tratar de adivinarlas.

Si los hombres al observar sus sensaciones han sido conducidos á observar los órganos que las transmitian á el alma, tambien lo han sido á observar los objetos que se las causaban obrando sobre esos mismos órganos. Han observado, pues, los objetos sensibles, y los han distinguido con nombres, segun que han necesitado darse razon de sus placeres, de sus trabajos, de sus dolores, de sus temores, de sus deseos, &c.; y

esos nombres han sido imitativos siempre que las cosas han podido representarse por sonidos.

Las lenguas habràn sido muy limitadas por largo tiempo, porque á proporcion que lo eran, suministraban menos medios para hacer nuevas anàlisis; y era menester sin embargo enriquecerlas para analizar aun. Por otra parte, acostumbrados los hombres al lenguaje de accion, que les bastaba casi siempre, no habràn imaginado crear palabras, sino cuando se hayan visto precisados para hacerse entender con mas facilidad: asi, pues, no se habràn hallado en ese caso sino con lentitud, porque no observando las cosas mas que porque tenían algunas relaciones con sus necesidades, sus observaciones habrán sido proporcionadas al corto nùmero de estas; y no ecsistiendo para ellos lo que no observaban, no le habrán dado nombre.

Luego se puede suponer que las lenguas no eran en su origen mas que un suplemento del lenguaje de accion, y solamente presentaban una coleccion de palabras semejantes á estas: *árbol, fruto, lobo, tocar, comer, huir*; y que no habrán podido formarse mas que frases parecidas á *fruto comer, lobo huir, arbol vér*. Estas palabras despertarían con bastante distincion los sentimientos que las necesidades hacian nacer, y por el contrario, apenas representarían una idea confusa de los objetos en que se discerniría solamente si era necesario huir de ellos ò buscarlos. Esta análisis era, pues, imperfecta: las palabras todavía en corto nùmero no designaban aun mas que las ideas principales; y el pensamiento no se acababa de espresar, sino porque el lenguaje de accion que las acompañaba ofrecia las ideas accesorias. Sin embargo no es dificil comprender el modo en que las lenguas habrán hecho nuevos progresos.

Si los hombres habían dado ya nombres á los sentimientos del alma, á los òrganos de la sensacion y á algunos objetos sensibles, es porque el lenguaje de accion había descompuesto suficientemente el pensamiento para hacer notar succesivamente todas estas cosas. Es verdad que si no se las hubiese distinguido una despues de otra, no se habría podido formar idea de cada una separadamente, ni menos darles nombre; pero como estas ideas no son las únicas que el lenguaje de accion ha debido hacer distinguir, se concibe de que manera habrá sido posible dar tambien nombres á otras muchas.

Ademas, es evidente que cada hombre al decir, por ejemplo, *fruto comer*, podía mostrar por el lenguaje de accion, si hablaba de si mismo, de aquel à quien dirigía la palabra, ó de cualquiera otro; y

no lo es menos que entonces sus gestos eran el equivalente de estas palabras, *yo, tu, aquel*: luego tenia ideas distintas de lo que nosotros llamamos, primera, segunda y tercera persona, y el que comprendía su pensamiento, se formaba las mismas ideas de todas ellas. ¿Y por què no habrían podido ponerse de acuerdo entre sì, tarde ó temprano, para espresar estas ideas por algunos sonidos articulados.?

Estos hombres podían hacer conocer asi mismo por gestos si un animal era grande ò pequeño, fuerte ó debil, manso ó feroz, &c.; pero una vez distinguidas estas ideas, habían ejecutado lo mas dificil; y no les quedaba mas que conocer la comodidad de designarlas por sonidos. Se crearon, pues, los adjetivos, esto es, nombres que significaban las cualidades de las cosas, asi como se habian creado substantivos, ò nombres que significasen las cosas mismas.

Con la misma facilidad se podía señalar por un gesto, despues de haber mostrado dos lugares diferentes, el de donde se venía, y por otro gesto al que se iba, y he aquí dos gestos uno equivalente á la preposicion *de*, y otro á la preposicion *á*. Otros gestos podían serlo igualmente á *encima, debajo, antes, despues, &c*: asi es que distinguidas estas relaciones en el lenguaje de accion, era tanto menos dificultoso darles nombre, cuanto era mayor el número de ideas á que se había dado. Veremos en lo de adelante que solo son necesarias cuatro especies de voces para espresar todos nuestros pensamientos, á saber: substantivos, adjetivos, preposiciones, y un solo verbo tal como el verbo *ser*; y queda solo que descubrir como habrán podido tener los hombres semejante verbo, y pronunciar proposiciones.

Desde luego parece muy dificil imaginar el modo en que los hombres han dado nombres á las operaciones del entendimiento. En efecto, no pudiendo mostrarlas con gestos como lo habían hecho con los objetos sensibles, no sucedìa con estas operaciones lo que con los sentimientos del alma cuyos nombres se hallan formados en los acentos de la naturaleza. A pesar de esto, si consideramos que en todas las lenguas los nombres de las operaciones del entendimiento son espresiones figuradas, que tales como *atencion, reflecsion, imaginacion, pensamiento*, presentan imagenes sensibles, juzgaremos que los hombres no han llegado á dar nombre à las operaciones del entendimiento, sino porque se lo habían dado á ideas sensibles, que podían representar estas mismas operaciones.

Podemos considerar los òrganos de la sensacion en dos estados diferentes: ò reciben indiferentemente todas las impresiones que los objetos causan sobre ellos, ò

obran para recibir una impresion mas bien que otra. *Ver* y *considerar*, por ejemplo, espresan estos dos estados; porque para ver, no obra la vista, siendo bastante que reciba las impresiones que en ella se hacen: al contrario, obra cuando considera por que se dirige con mas particularidad á un objeto, y esta accion se lo hace observar entre otros muchos que continúa viendo.

Oir y *escuchar* espresan igualmente estos dos estados por razon al oido. Se oye todo lo que lo hiere, y el órgano no tiene mas que abandonarse á todas las impresiones que recibe: por el contrario, no se escucha mas que aquello que se quiere oir con preferencia, y el órgano obra entonces para cerrar el oido, en cierto modo, á cualquiera otro ruido que pudiera distraernos. La misma observacion puede hacerse sobre cada uno de los otros sentidos.

Ahora bien, supongamos que se haya elegido la palabra *atencion* para espresar la accion de los ojos cuando consideran: esta palabra unida con la de *oido*, habrá parecido desde luego muy cómoda para espresar la accion del oido cuando escucha. Se habrá continuado empleandola de este modo, y contraidose el hábito de juntarlo al nombre de cada órgano; y por consiguiente, habrà significado lo que hace cada sentido cuando obra para estar atento á una impresion y distraerse de cualquiera otra.

Atencion ojos, permítaseme este lenguaje, habrá significado lo que hacemos cuando fijamos nuestra atencion en una de las cosas que vemos: *atencion oìdo* lo que ejecutamos fijando nuestra atencion en una de las cosas que oìmos, &c.

Así, pues, luego que la palabra *atencion* es propia para espresar la accion de cada órgano en el momento en que estamos atentos con la vista, con el oído, con el tacto, &c., nos bastarà emplearla por sí sola, para que esprese entonces esa sola accion. La idea que ecsiste no será ya ni la accion de la vista, ni la del oìdo, ni la del tacto, sino esta accion considerada con abstraccion de todo órgano. No pensaremos en ninguno de ellos, y por consiguiente, la palabra atencion solamente significará en general la accion mediante la cual estamos atentos. Pero esta accion, así considerada, es una operacion del entendimieno: luego tendremos una operacion del entendimiento que tiene nombre.

Es facil convencerse de que así es como los hombres han llegado á dar nombre à esta operacion. En efecto, si siempre que se ha pronunciado la palabra *atencion* solo se la hubiese empleado para designar una operacion del entendimiento, nada se habría comprendido; mas habiendose advertido que cuando se pronunciaba se consideraba, ò se escuchaba, se juz-

gò que prestar atencion era considerar ó escuchar, y en consecuencia se ha pensado luego que sin considerar ò escuchar, se prestaba atencion ocupandose con preferencia de una idea que se presentaba á la imaginacion. Se ve, pues, que la palabra *atencion* no ha venido á ser el nombre de una operacion del entendimiento hasta despues de haberlo sido de la accion de la vista que considera, y del oído que escucha.

Denominada esta operacion es fácil comprender como lo pueden ser todas las demas, supuesto que comparar, juzgar, reflecsionar y raciocinar, no son mas que modos diversos de conducir nuestra atencion. Pasemos al verbo *ser* y observemos á los hombres en el momento en que van á pronunciar la proposicion *yo soy*.

Como he supuesto que la palabra *atencion* se ha aplicado á la accion de los órganos cuando estamos atentos con la vista, el oído ò el tacto, supongo tambien que la palabra *ser* se ha elegido para espresar el estado en que se halla cada òrgano cuando, sin accion de su parte, recibe las impresiones que le çausan los objetos. En este supuesto, es evidente que *ser* unido à ojos, habrá significado *ver*, y unido à *oído*, *oír*: luego aquella palabra se habrá hecho un nombre comun á todas las impresiones; y al mismo tiempo que habrá espresado lo que parece suceder en los órganos, habrá

espresado igualmente lo que efectivamente pasa en el alma. Que se haga entonces abstraccion de los òrganos, y esta palabra pronunciada por sí sola vendrá á ser el sinònimo de lo que llamamos *tener sensaciones, sentir, ecsistir*: y vease aqui precisamente lo que significa el verbo *ser*. Reflecsione cada uno sobre sí mismo y verá que asi es como ha conseguido comprender la significacion de esta palabra.

Habiendose encontrado este verbo, cada hombre ha podido pronunciar proposiciones equivalentes á esta: *yo soy;* y aun á otras muchas, tales como *yo veo, yo oigo, yo presto mi atencion, yo juzgo:* bastaba para esto unir el nombre de la primera persona á las voces que significaban la accion de ver, oìr, prestar atencion, juzgar.

Cuando un hombre ha sentado la proposicion *yo soy*, hablando de sí mismo, puede hacerla hablando de cualquiera otro, y puede repetirla con ocasion de todo lo que observe. Despues de haber dicho *yo soy*, dirá tambien *aquel es, aquellos son*, y pronunciará la ecsistencia de todos los objetos que lleguen á su conocimiento. Pronunciará así mismo otras cualidades, porque ¿quien le podrá impedir que diga: *aquel es grande, aquel es pequeño*, si ha imaginado ya nombres adjetivos?

Por lo demas no pretendo que los hombres en el momento en que comenzaban á

pronunciar proposiciones, estuviesen en estado de discernir todas las ideas que ellas comprendian; por que esto serìa suponerles gratuitamente una sagacidad que ni aun nuestros mismos filòsofos tienen siempre. La proposicion *yo soy*, por ejemplo, comprende por una parte todas las impresiones y todas las acciones de que es capaz un cuerpo vivo y organizado; y por otra todas las sensaciones, y todas las operaciones que solo pertenecen á la alma; porque yo no soy ò no ecsisto, sino en tanto que el todo ó una parte de todo esto se halla en mi. Sin embargo, la mayor parte de los que hacen esta proposicion están muy distantes de discernir todas estas cosas; y apenas las ven de una manera confusa porque son incapaces de analizar las palabras que emplean; pero por último ella significa siempre lo mismo, hagáse ó no su análisis, y solamente se diferencía de una boca á otra, porque presenta á los unos ideas distintas, mientras que no presenta á los otros mas que una masa confusa de ideas.

Sin duda que en el origen de las lenguas tampoco presentaría esta proposicion otra cosa que una masa confusa en que se distinguirían pocas ideas, y se habràn necesitado muchas observaciones para que los hombres que las pronunciaban pudiesen comprender todo lo que decian: hablaban como lo hacemos nosotros ordinariamente, y nos les parecemos mas de lo que se piensa.

Tambien debe observarse que se ha pasado mucho tiempo antes de poder espresar en proposiciones todas las miras del espíritu, y por consiguiente, las lenguas no han podido perfeccionarse, sino con mucha lentitud. Se necesitaba crear palabras para las ideas accesorias tanto como para las principales: aprender à emplearlas de un modo propio para desarrollar un pensamiento, y mostrarlo succesivamente en todos sus pormenores. Era, pues, necesario determinar el òrden que debían seguir en el discurso, y convenir en las variaciones que se les harían tomar para señalar mas sensiblemente sus relaciones. Todo esto ecsigía muchas observaciones y análisis bien ejecutadas: he hecho vér como se ha comenzado, y esto es todo lo que me proponía. Si fuese posible observar una lengua en sus progresos succesivos, se verían establecerse las reglas poco á poco; mas como esto es imposible, no nos queda mas que observar la nuestra tal como es ahora, y buscar las leyes que sigue en la análisis del pensamiento.